

Es muy extraña la suerte de los escritores argentinos. Muchos que gozaron de fama y prestigio hace apenas unas décadas yacen ahora silenciados por el olvido. ¿Quién lee hoy a Isidoro Blastein, José Sbarra, Carlos Correas, Enrique Wernicke, Ernesto Camilli, Néstor Sanchez y tantos otros? ¿Como se construye un autor? ¿Cómo y quiénes deciden qué autores integran el canon de la literatura argentina? En este panorama arduo y cambiante, la narrativa poderosa e imaginativa de Miguel Ángel Tenreiro constituye un caso ejemplar: sus libros no suelen verse en las vitrinas luminosas de las conocidas cadenas de librerías, en la sección de clásicos, en las estanterías heterogéneas de los libros que lograron ganarse un lugar a fuerza de vaya a saber uno qué méritos y estrategias comerciales. Alguna vez Marcelo Cohen escribió una reseña sobre el volumen *Obra Incompleta* (2009), que reúne gran parte de la producción de Tenreiro. La reseña me pareció un texto vacilante y ambiguo que bien puede ser interpretado como un elogio moderado y al mismo tiempo una nota de lectura breve que debería haber sido más extensa. No me quejo ni hago crítica malintencionada: el texto de Cohen rastrea con velocidad las influencias más notorias de Tenreiro. A saber: Roberto Arlt y Alberto Laiseca. Desde su lugar de escritor consagrado, Cohen se toma el trabajo de leer a un colega ignoto, acto a todas luces generoso aunque no debería ser sino lo usual. ¿Cómo hacer si no para continuar con la literatura? Leer únicamente aquello que llega con el sello de la aprobación puede hacernos cometer injusticias. Nombro una sola: las numerosas tesis universitarias sobre Roberto Bolaño y las poquísimas sobre la obra del ya nombrado Alberto Laiseca. Son evidentes las influencias consignadas por Cohen, pero los textos de Tenreiro abarcan mucho más: un clima, un modo de escribir lacónico y lírico, un pulso narrativo que fluye sin obstáculos hasta que nos topamos con lo increíble: transmigración de las almas, maestros de magia, linyeras con poderes sobrenaturales, hombres con la capacidad metafísica de anular la voluntad ajena y demás maravillas de la invención que el lector cansado de literatura procesada por la industria agradece con alegría. Esta maquinaria de la imaginación no satura al lector con un estilo equivalente, la prosa de Tenreiro es de lo más transparente. Sus diálogos están contruidos con una oreja atenta a la cadencia argentina, nadie habla el acartonado idioma de la escritura mal entendida como correcta. Los personajes putean, carajean y se lamentan a saludable distancia de ese engendro que es el español neutro. El sexo es una presencia más entre otras que se une con naturalidad y coherencia a las tramas y personajes de cada texto. Un ejemplo: en la novela *La Consentida* la protagonista le dice *puto* a su maestro, un ser misterioso que de humano tiene solo la apariencia. Luego se levanta de su silla - la escena transcurre en un bar- y le dice a bocajarro que seguro él es incapaz de cogérsela. El maestro, inmutable. Escenas así no abundan en la literatura argentina. No me canso de recomendar a colegas, amigos, alumnos y hasta vecinos *La Consentida*, novela breve de título falsamente anodino en la que ocurren hechos violentísimos, misteriosos y hasta horrorosos. En la segunda parte de la novela tales

hechos se resignifican gracias a un giro argumental técnicamente perfecto que pone a la historia en la tradición de autores fundacionales como Lovecraft, Dunsany y demás representantes del género gótico. La Consentida fue escrita entre 2002-2003, muchos años antes de que este tipo de literatura se volviera masiva en nuestro país.

La obra de Miguel Ángel Tenreiro significó para mí horas intensas de lectura siempre atrapante. Tal cosa suele ser valorada como algo sin demasiado interés en ciertos ámbitos en la que la experiencia de lectura se mide con otros parámetros. A decir de David Viñas: el mercado de los prestigios. Pero los lectores fanáticos que leemos desde otros lugares sabemos que el prestigio puede ser otro nombre del azar, el dominio y la imposición.

No quiero finalizar este texto sin nombrar ese magnífico y siniestro cuento que es La habitación: un señor llamado Ubaldo, sabelotodo de café muy singular, invita a cenar al protagonista. A partir de esa noche la realidad de este último será algo extraordinario.

Todo lo que pude leer de este gran escritor argentino ha sido así.

Solo puedo decir: gracias por tanta literatura.

Patricio Hierro: escritor y docente.